

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

---

# ¡SURSUM CORDA!

POEMA

---

PRIMERA EDICIÓN

---

MADRID

LIBRERÍA DE  
MARIANO MURILLO, | LIBRERÍA DE  
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7 | FERNANDO FE,  
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

1900

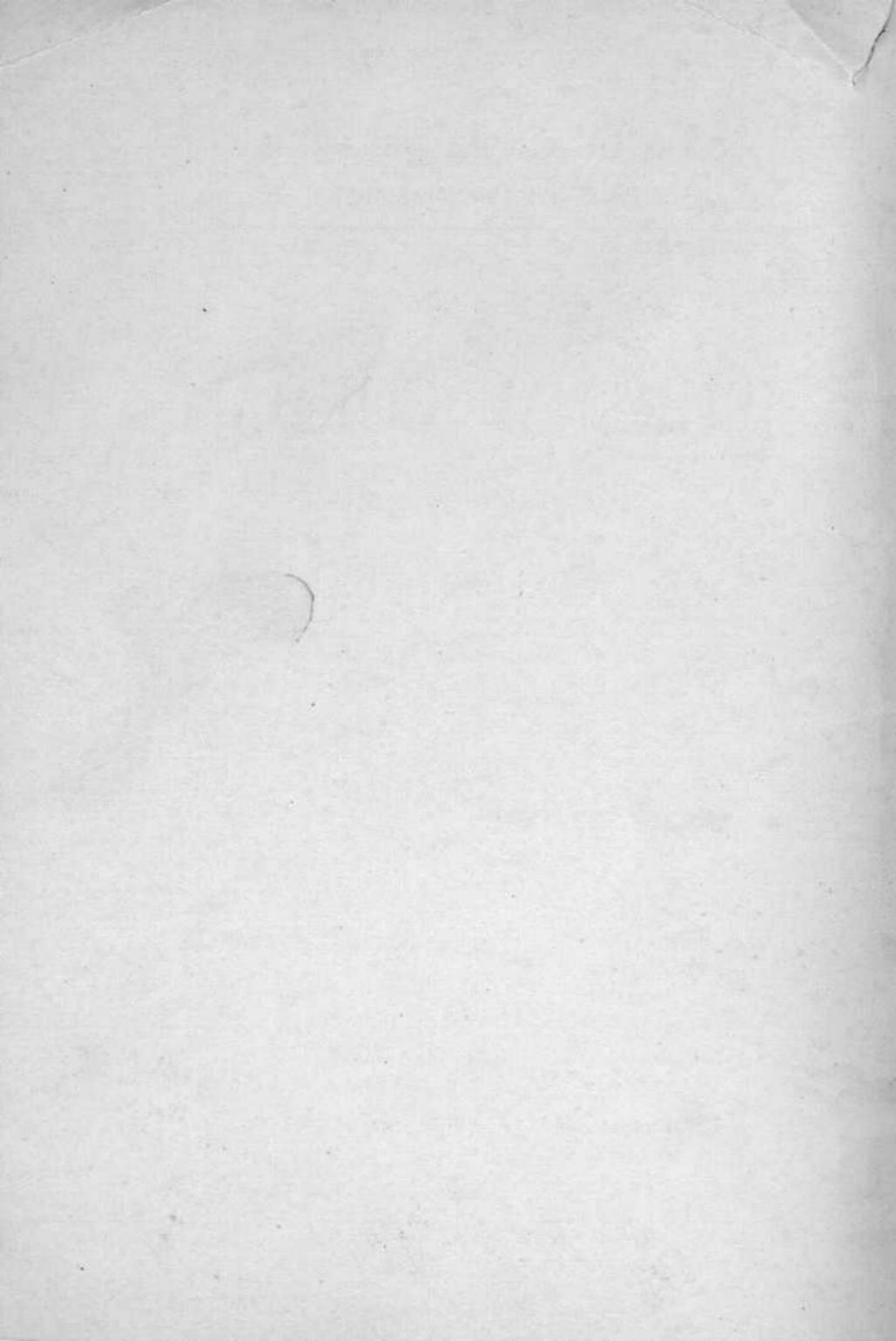
G-F 13555



DGCL  
A

ISURSUM CORDA!

T.148970



GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

---

# ¡SURSUM CORDA!

POEMA

---

PRIMERA EDICIÓN

---

MADRID

LIBRERÍA DE  
MARIANO MURILLO,  
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

LIBRERÍA DE  
FERNANDO FE,  
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

1900

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla  
ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

---

---

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ, LIBERTAD, 16 D.C.P."



R.136573

Á MI BUEN AMIGO

el ilustre poeta

MANUEL REINA

---

En testimonio de entrañable cariño, dedico á usted mi nueva obra *SURSUM CORDA*, de la cual conoce usted un fragmento publicado por mí hace bastante tiempo; obra que sale hoy íntegra por vez primera á la luz del día, entre las últimas tristezas de un ocaso y los albores de una aurora, es decir, entre el siglo que expira y el que nace.

Termina el siglo XIX para España más despiadadamente que empezó. ¡La Historia se lo perdone! La alborotada corriente de los años ha traído para nuestra patria, en el espacio de esta centuria, guerras extranjeras, guerras fratricidas,

---

guerras coloniales, la pérdida del continente americano, pestes, continuos trastornos, hondas revoluciones, y para fin y remate de tantas desdichas, la ha arrancado los tres últimos restos que aún conservaba de su antigua grandeza colonial. Desangrada, exánime, apoyando la dolorida cabeza en las vertientes de los Pirineos y sus pies en la playa oceánica, vegeta en su vasta heredad solariega, desterrada de los mares, donde en épocas más dichosas agrandó el mundo con sus descubrimientos, y acechada en su propio campo por arteros enemigos, que quizás sólo esperan á verla todavía más abatida para despedazarla

Ni siquiera ha tenido la triste suerte de caer épicamente, como merecían sus viejas glorias. No ha sido vencida por la razón ni el derecho, sino por haberla herido mano aleve, mientras defendía sus amenazados bienes patrimoniales. Ha caído, dejando á un lado eufemismos que solamente sirven para atenuar las crudezas de la verdad, aplastada bajo la inmensa pesadumbre de la fuerza bruta, como una débil criatura bajo las recias pezuñas de un buey enfurecido.

---

Otras naciones, mejor constituidas y más poderosas que España, acaso hubieran ya sucumbido, desquiciadas y deshechas por tan violentos y reiterados golpes de la fortuna adversa. Supongamos, por un momento, que la soberbia Albión perdiese en un espacio de tiempo relativamente breve, como á nosotros nos ha sucedido, su inmenso imperio colonial, su paz interior, sus ejércitos y sus escuadras. ¿Qué sería entonces de ella? No es fácil predecirlo. Yo sólo sé que cuanto más elevada es la cumbre desde donde se despeña el torrente, tanto más precipitada y estruendosa suele ser la caída.

España, cuyo corazón es tan firme y duro como el granito de sus montes, no ha vuelto aún de su estupor calenturiento, ni ha podido sacudir su profundo escepticismo, engendrado por largos y crueles desengaños, ni su apática indiferencia, tan explicable en los seres desgraciados que han perdido la esperanza, ni el menosprecio de sí misma, que ha hecho nacer en ella la inutilidad de sus extraordinarios y casi sobrenaturales esfuerzos durante la última guerra. Pero todavía

alienta, y aunque permanece aletargada, confío en Dios que su marasmo no durará mucho tiempo.

Ignoro si es por virtud de la fe, del deseo ó del amor; pero es lo cierto que me halaga la idea consoladora de que el siglo venidero ha de ser para nosotros menos inclemente que el ya próximo á morir. En él, si no me engaña mi patriotismo, España saldrá de su decaimiento, fuerte y animosa, como todos sus hijos, respondiendo á la ley de la naturaleza, acudan desde ahora solícitos á su amparo, los jóvenes con sus emprendedoras energías, los ancianos con su experiencia dolorosa, los sabios con su ciencia, los poderosos con sus iniciativas fecundas, y todos, en fin, grandes y humildes, ricos y pobres, con su filial abnegación.

La brillante generación literaria, á que usted con justos títulos pertenece, hoy en toda la plenitud de la vida, puede hacer mucho en la grande obra de la restauración patria. Nosotros los viejos, pobres restos dispersos de un ejército que huye rápidamente hacia el sepulcro, podemos ha-

---

cer muy poco, porque cada día, cada hora, cada instante, la noche que avanza nos obscurece y cierra más los horizontes del porvenir. Pero cumplamos todos con nuestro deber sin vacilación y sin flaquezas de espíritu, y ¡hágase la voluntad de Dios!

G. NÚÑEZ DE ARCE.

Sábado 29 de Diciembre de 1900.



# INTRODUCCION

---

## À ESPAÑA

Nunca mi labio á la servil lisonja  
parias rindió. Ni el éxito ruidoso  
ni la soberbia afortunada, oyeron  
falaz encomio de mi humilde Musa.  
Dióme su austeridad la honrada tierra  
donde nací, y el presuroso tiempo  
que arrastra y lleva en sus revueltas olas  
las grandezas humanas al olvido,  
á mi pesar me enseña que en el mundo  
tan sólo á dos excelsas majestades  
puedo, sin mengua, levantar mi canto:  
la Verdad y el Dolor.

En estas horas  
de febril inquietud, ¿quién, Patria mía,

merece como tú la pobre ofrenda  
de mi respeto y de mi amor? Postrada  
en los escombros de tu antigua gloria,  
la negra adversidad, con férrea mano,  
comprime los latidos de tu pecho  
y el aire que respiras envenena.  
Como tigre feroz clavó sus garras  
la catástrofe en ti, y en tus heridas  
entrañas sacia su voraz instinto.  
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?  
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,  
ni aun concebido en crapulosa orgía  
por hembra impura, que impasible vea  
morir sin fe, desesperado y solo  
al dulce bien que le llevó en su seno?  
¡No existe, no!

Perdona si movido  
por la ciega pasión, allá en lejanos  
y borrascosos días, cuando airada  
mi voz como fatídico anatema  
tronó en la tempestad, quizás injusto  
contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,  
hoy que, Job de la Historia, te retuerces  
en tu lecho de angustia, arrepentido

---

y llena el alma de mortal congoja,  
acudo ansioso á consolar tus penas,  
á combatir con los inmundos buitres,  
ávidos del festín, que en torno giran  
de tu ulcerado cuerpo y si lo mandas,  
¡oh, noble mártir! á morir contigo.

Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso  
no eres, Patria, inmortal? Tendrás eclipses  
como los tiene el sol. Sombras tenaces,  
cual hiperbórea noche larga y fría,  
sobre ti pesarán, mientras no llegue  
tu santa redención. ¡Hora dichosa  
en que verás con júbilo y ternura,  
nacer el alba, el tenebroso espacio  
inundarse de luz, la tierra encinta  
estremecerse en éxtasis materno,  
de armonías, aromas y colores  
poblarse el aire, y palpar en todo  
la plenitud eterna de la vida!

¡Ten esperanza y fe! Descubridora  
de mundos, madre de indomada prole,  
tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!

Aún tienes que cumplir altos destinos.  
Busca en el seno de la paz bendita  
reparador descanso, hasta que cobren  
tus músculos salud, y en cuanto sientas  
el hervor de tu sangre renovada,  
ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,  
que como losa del sepulcro, oprime  
tu enferma voluntad. Surge del fondo  
de tu aislamiento secular, y marcha  
con paso firme y corazón resuelto  
sin mirar hacia atrás, siempre adelante.  
Sean la escuela y el taller y el surco  
los solos campos de batalla en donde  
tu razón y tus fuerzas ejercites.  
Entra en las lides del trabajo y vence,  
que entonces de laureles coronada,  
más fecunda, más próspera y más grande,  
seguirás, fulgurando, tu camino  
por los arcos triunfales de la Historia.

## Á AMÉRICA

¡Ésta es España! Atónita y herida  
bajo el peso brutal de su infortunio,  
inerte yace la matrona augusta  
que en otros siglos fatigó á la fama.  
La que surcó los mares procelosos  
buscándote atrevida en el misterio,  
hasta que un día, deslumbrando al mundo,  
surgiste, como Venus, de las ondas.  
Cegada por tu espléndida hermosura,  
al engarzarte en su imperial diadema  
España te oprimió; mas no la culpes,  
porque ¿cuándo la bárbara conquista  
justa y humana fué? También clemente  
te dió su sangre, su robusto idioma,  
sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,  
menos la libertad! pues mal pudiera  
darte el único bien que no tenía..

Contéplala vencida y humillada  
por la doblez y el oro, y si te mueven

á generosa lástima sus males,  
el trágico desplome de una gloria  
que es también tuya, acórrela en su duelo.  
¡Es tu madre infeliz! No la abandone  
tu amor, en tan inmensa desventura.



## ¡SURSUM CORDA!

---

*Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y fragoso de la sierra. Por todas partes cierran el horizonte altas y nevadas cumbres. En medio de columnas caídas, pedestales y chapiteles rotos y escombros esparcidos aquí y allá, levántase una cruz de piedra casi cubierta de plantas parásitas. Por entre jarales y breñas aparece marchando con dificultad en dirección á las ruinas, un PEREGRINO joven y robusto. Está anocheciendo.*

*El PEREGRINO, acercándose al convento destruido, con visibles muestras de cansancio y desaliento.*

Va llegando la noche y la infinita  
tristeza de esta soledad adusta,  
como encanto maléfico gravita  
sobre todo mi ser. Hasta el más quedo  
murmullo de los árboles me asusta



y oigo, al marchar, la voz con que me nombra  
entre las ruinas escondido, el miedo,  
que es hijo del silencio y de la sombra.

Como herido titán que en su sublime  
furor sacude sus gigantes hombros  
y derriba la mole que le oprime,  
así hundiendo su base en los escombros,  
alza, espectro de piedra, sus oscuras  
é incendiadas paredes el convento,  
con sus enormes brechas y hendiduras,  
por donde pasa rebramando el viento.

¡Ay! ¡Cómo agranda en su postrer momento  
la luz crepuscular estas señales  
de destrucción y muerte! La pilastra  
volcada entre los recios matorrales  
por donde llena de pavor se arrastra  
rápida y ondulosa la culebra;  
el templo por la llama ennegrecido,  
cuyo denso color á trechos quiebra  
con su argentada claridad la luna,  
y do resuena el lúgubre gemido  
del cárabo agorero que en alguna

desquiciada cornisa tiene el nido,  
solo como el pesar; la cruz de piedra,  
por cuyos rotos brazos se entrelaza  
con mortífero amor lasciva hiedra,  
y recordando el fin de ilustre raza,  
allá en el fondo, en su musgoso lecho  
la escultura de noble castellano  
con su heráldico escudo sobre el pecho  
y en la espada feudal puesta la mano,  
todo, al morir la luz, todo acrecienta  
el santo horror á la discordia, afrenta  
y al par castigo del linaje humano.

*(Siéntase en uno de los peldaños de la cruz de piedra,  
vencido por la fatiga, y después de breve pausa ex-  
clama con penoso acento, como si en su alucinación  
percibiese las mismas visiones que evoca.)*

¡Oh, monjes, que en la celda solitaria  
en tan agrios lugares escondida,  
rompisteis con el don de la plegaria  
todas las servidumbres de la vida  
menos la del dolor, y que sin ruido,  
en ya borrada sepultura, abierta  
por vuestras manos en el sacro ejido,  
dormís en las tinieblas del olvido

el sueño de que nunca se despierta!  
¿A qué asomáis la descarnada frente?  
No escucharéis como en aquellos días,  
lentos de vuestro espíritu creyente,  
los graves himnos del salterio de oro,  
que estallando en solemnes melodías,  
inundaban el templo desde el coro.  
Ni veréis ya por el espacio inmenso  
de la atrevida y portentosa nave,  
ascender la oración serena y suave,  
vestida con su túnica de incienso.  
El claustro en que vivisteis ignorados  
como la flor silvestre que en la grieta  
del nativo peñón su aroma exhala;  
la torre que á los tristes y cansados  
con la sencilla cruz de su veleta  
el camino del cielo nos señala;  
la campana que aun antes de la aurora  
turbaba la quietud de este desierto  
con esa voz en que se queja y ora  
la humanidad que vive y la que ha muerto;  
el ara excelsa donde tantas veces,  
en vuestras lentas horas de amargura,  
como frágil bajel que busca el puerto,  
los ayes elevabais y las preces  
á otra región más diáfana y más pura;

---

hasta la clara fuente que en el huerto  
os brindaba sus ondas cristalinas,  
¿en dónde están? Con ímpetu y fracaso,  
como incendio voraz, de las vecinas  
cumbres lanzóse la soberbia humana,  
y el sol que iluminó desde el ocaso  
vuestro tranquilo hogar, á la mañana  
alumbró sólo calcinadas ruinas.

¡Ya es más firme y segura vuestra fosa,  
cubierta de zarzales! Para ejemplo  
de la futura edad, la fe grandiosa  
que alzó tanta basílica asombrosa  
desplomándose va como ese templo.  
Aquel árbol de espléndido follaje  
que dilataba en tiempos más felices  
por encima del mundo su ramaje  
y en todas las conciencias sus raíces,  
so cuyo pabellón, siempre frondoso,  
los pueblos en su místico viaje  
hallaban sin cesar sombra y reposo,  
del huracán, azote de la selva,  
aún sin romperse el ímpetu resiste;  
mas ¡cuán herido y deshojado y triste  
hasta que Dios á renovarle vuelva!

Hundid, hundid, ¡oh monjes!, en la tumba  
la amarillenta faz. ¿Podéis acaso  
restaurar nuestra fe, que se derrumba?  
¿Lograréis que renazca á vuestro paso?  
¡Hacedlo si podéis! Calmad la ardiente,  
la inextinguible sed que nos devora,  
aun cuando mane de la oculta fuente  
el agua cenagosa y corrompida,  
y sepa al fin la tierra, que lo ignora,  
el pavoroso arcano de la vida.  
¿Dónde el término está de la jornada?

*(Con honda melancolía.)*

¿Será verdad que el hombre sólo sea  
una mísera bestia alucinada  
por los vanos engendros de su idea?  
La fe que manda, la razón que crea,  
la voluntad que mueve, las pasiones  
rebeldes, los anhelos infinitos  
á otra mansión de perdurable calma,  
los simbólicos dogmas y los ritos  
en cuyas inefables oraciones,  
como un perfume se evapora el alma,

¿son la burla brutal y el sueño insano  
á que perpetuamente nos condena  
un caprichoso azar ó un Dios tirano?  
Y no sólo la tierra ingrata y dura,  
sino todos los orbes que encadena  
con su atracción la inmensidad obscura,  
¿lugares ¡ay! de irredimible pena?  
¿Y en el mundo, en la mente y en la altura  
todo para el mortal será mentira  
menos su perdurable desventura?  
La Creación que en el espacio gira  
y con cadencia rítmica eslabona  
astros que el hombre á penetrar no alcanza,  
¿no es más ¡oh espanto! que la eterna lira  
en que la vida universal entona  
triste canto á un dolor sin esperanza?  
Envueltos en el ciego torbellino  
de la cósmica masa que nos crea  
y nos destruye, indiferente y fría,  
¿cuál es, si lo sabéis, nuestro destino?  
Y en tan horrible y trágica pelea,  
¿qué somos? ¿Dónde vamos? ¿Quién nos guía?

¡No respondéis! Atónitas y mudas  
fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo

sin disipar las tenebrosas dudas  
que en horas de acerbísimo desvelo  
cubren las almas de mortal congoja,  
cual tropel desmandado y asesino  
que á traición nos asalta en el camino  
y hasta de la esperanza nos despoja.  
¡Calláis!...

*(Animándose.)*

¡No importa que calléis! Si á veces  
la duda con sus densas lobregueces  
nuestro afligido espíritu cautiva,  
pronto del yugo le redime y salva  
la fe, que surge luminosa y viva  
como del seno de la noche el alba.  
Mas no la fe que semejante al ave  
entre dorados hierros prisionera,  
entumecida y tímida, no sabe  
ni el vuelo inútil ensayar siquiera;  
no la medrosa fe que cuando escucha  
la voz del trueno sin vigor se postra,  
sino la fe que la tormenta arrostra,  
sonda el abismo y con los monstruos lucha.  
¡La fe en la Humanidad, á quien Dios guía  
siempre á la cumbre, siempre hacia adelante  
y siempre en busca de la luz!

*(Con tono de convicción profunda.)* No es cierto  
que una divinidad loca y sombría,  
sin plan y sin amor rija el concierto  
armónico del mundo. Aunque distante,  
boga la nave hacia el celeste puerto,  
combatida, es verdad, pero no errante.  
Cuando el hombre en la selva enmarañada  
de su primera edad, exuberante  
como la juventud, despertó preso,  
al tender por doquiera la mirada,  
debió sentir sobre su frente el peso  
de la Naturaleza desbordada.  
Si desde el árbol do moraba oculto  
con su conciencia entorpecida á solas,  
enmedio del fragor y del tumulto  
de tempestades, cataratas y olas,  
miró al través de la espesura, informe  
y como el caos revuelta, al pie del tronco,  
la bestia hirsuta y el reptil enorme;  
si creyó percibir su grito bronco  
hasta en el son monótono y confuso  
de la selva batida por la racha,  
de seguro tembló, mas se repuso,  
y Adán caído ó transformada fiera,

(¿quién su origen conoce?) inventó el hacha,  
derribó el árbol, encendió la hoguera,  
arrancó al bosque sazonados frutos,  
hizo la choza, desgarró el misterio,  
mató los monstruos y domó los brutos  
tras prolongada y formidable guerra,  
erigió la ciudad, fundó su imperio,  
surcó la mar y dominó la tierra.  
Cuando por fin la indócil y salvaje  
Naturaleza á su valor rendida,  
templó su furia y le prestó homenaje,  
el hombre, en la pujanza de su vida,  
cada vez más resuelto, más potente  
y más ansioso de extender sus huellas,  
clavó en el cielo la pupila ardiente  
y el rumbo sorprendió de las estrellas.  
¿Quién contuvo sus ímpetus? ¿Qué valla  
se resistió á su empuje soberano?  
¿En qué indeciso campo de batalla  
no logró la victoria por su mano?  
Incansable y tenaz en su tarea,  
siempre conquistador y siempre activo,  
dió vida y forma á su impalpable verbo  
que volaba incorpóreo y fugitivo,  
alas resplandecientes á su idea,  
valor al débil, libertad al siervo.

Y sin tener un punto de desmayo  
arrebató, creciendo en osadía,  
*à las entrañas de la nube el rayo*  
*y el cetro à la infecunda tiranía.*

Larga es la senda recorrida y larga  
la penosa labor á que se entrega.  
¿Qué importa que el humilde peregrino  
á quien el polvo de las ruinas ciega,  
soltando á veces su pesada carga  
se siente en el ribazo del camino?  
¿Es ¡ay! extraño que se abata y dude,  
cuando sus miembros la fatiga embarga  
y mientras, lleno de ansiedad, enjuga  
el sudor de su frente, en donde deja  
cada jornada el surco de una arruga  
y una punzante espina cada queja?  
Mas recobrando el ánimo, sacude  
su momentánea postración y marcha  
con redoblado afán. No le detiene  
ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,  
ni el riesgo, ni la herida. Íntima y sorda  
oye una voz que de los cieles viene  
y sin cesar le dice:— *¡Sursum corda!*



*¡Sursum corda!* ¡Elevad los corazones,  
hijos nacidos de mujer! La senda  
es escabrosa, pero no infinita.  
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda  
el furor de los recios aquilones,  
cuando sintáis la voluntad marchita,  
alzad el alma á Dios. Su seno abierto  
para todos está como la tienda  
que el árabe levanta en el desierto.  
¡Alzad el alma á Dios tres veces santo,  
que sin fijarse en condición ni en raza,  
con su cerúleo y estrellado manto  
á todos nos cobija y nos abraza.  
Él los humanos derroteros traza,  
y cuando con la vida transitoria  
nuestra angustiosa incertidumbre cesa,  
para ascendernos á mejor estado  
y ceñirnos el lauro de su gloria,  
en su justa balanza sólo pesa  
lo que hemos padecido y trabajado.  
¡Nadie en estéril ocio se consuma!  
Para que fructifique la simiente,  
abramos con la reja y con la pluma  
los surcos de la tierra y de la mente,

pues cuando á la labor que nos señala  
hora por hora el cielo, damos cima,  
subimos un peldaño de la escala  
que á la Ciudad de Dios nos aproxima.  
Y si del pedernal que es infecundo  
saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos  
con esfuerzos constantes y supremos  
la prometida redención del mundo?  
Todo trabajo es oración. Oremos.

*(Con acento profético é inspirado.)*

No faltarán á tan continuas preces  
templo ni altar. Horribles tempestades  
asolarán quizás como otras veces  
campos y monumentos y ciudades.  
Podrán caer las religiones todas  
del tiempo en la rugiente catarata  
y los claustros, mezquitas y pagodas  
hundirse como esquife que arrebatada  
deshecho temporal hacia el abismo.  
Pero aun cuando el tremendo cataclismo  
la superficie del planeta arrase,  
entregado á sus iras sin defensa,  
no hará temblar la inmovible base  
de la admirable catedral inmensa,

como el espacio transparente y clara,  
que tiene por sostén el hondo anhelo  
de las conciencias, la piedad por ara  
y por nave la bóveda del cielo.

*(Con inspirada energía.)*

¡No más indecisión! La excelsa lumbre  
de la verdad, indícame el camino.  
¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!  
Ya no vacila el pobre peregrino,  
¡En marcha, en marcha pues! La fe que siento  
de mi encendido corazón desborda.  
¡No me darán, hasta ganar la cumbre,  
alas la ciencia, la esperanza aliento  
y el triunfo Dios?... ¡Arriba!... ¡SURSUM CORDA!

*Emprende animoso y resuelto la ascensión a la áspera  
montaña, venciendo cuantos obstáculos encuentra al  
paso, y cuando llega a una de las cimas más altas,  
la luna que aparece en el cielo, le envuelve en su  
blanca y suavísima claridad.*

FIN

*Acabóse de imprimir este POEMA en el  
Establecimiento Tipográfico de los  
Hijos de M. G. Hernández,  
Pedregal y Compañía, en  
31 de Diciembre de  
1900, último día  
del siglo  
XIX.*





## OBRAS POÉTICAS DEL MISMO AUTOR

---

	<u>Pesetas.</u>
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS, un tomo de 520 páginas.....	7,50
GRITOS DEL COMBATE, séptima edición.....	4
LA SELVA OSCURA, vigésimacuarta edición....	1
LA PESCA, vigésimacuarta edición.....	1
ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, trigésimaquinta edición.....	1
LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, vigésimasexta edición.....	1
EL VÉRTIGO, cuadragésimaprimer edición....	1
MARUJA, vigésimasegunda edición.....	1
UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, trigésimaprimer edición.....	1
POEMAS CORTOS, décima edición.....	1
¡SURSUM CORDA! primera edición.....	1